

### III

Al día siguiente, Rosalía no pudo servir el café con leche hasta cerca de las nueve. Elena se había levantado tarde, derrengada, palidísima por la pesadilla de la noche. Metió la mano en el bolsillo de su traje, palpó la carta, la hundió más y fué á sentarse ante el velador, sin hablar. También Juana tenía la cabeza pesada, el aspecto gris é inquieto, Abandonaba la camita con pesar, porque no tenía el ánimo para juegos aquella mañana. Estaba el cielo de color de sebo, y una luz opaca entristecía la habitación, en tanto que bruscos chaparrones, de vez en cuando, empañaban los cristales.

—La señorita está de malas,—decía Rosalía, que hablaba sola.—No puede estar de buen humor dos días seguidos... Eso es el haber saltado tanto ayer.

—¿Estás enferma, Juana?—preguntó Elena.

—No, mamá,—respondió la niña.—Es ese cielo tan feo.

Elena se volvió á sumir en su silencio. Acabó el café, y se quedó allí, absorta, con los ojos fijos en la llama. Al levantarse, acababa de decirse que

su deber le ordenaba hablar á Julieta, hacerle renunciar á la cita de la tarde. ¿Cómo? Lo ignoraba; pero la necesidad de dar aquel paso la había asaltado de repente, y ya no quedaba en su cabeza más pensamiento que el de aquella tentativa, que se imponía y la obsesionaba. Dieron las diez, y se vistió. Juana la contemplaba. Cuando la vió tomar el sombrero, juntó las manecitas, como si tuviese frío, en tanto que una sombra de sufrimiento cruzaba por su rostro. Generalmente, se mostraba muy celosa de las salidas de su madre, no queriendo separarse de ella, y exigiendo ir con ella á todas partes.

—Rosalía,—dijo Elena,—despache usted pronto el arreglo de la habitación... No salga. Yo vuelvo al instante.

Se inclinó y besó rápidamente á Juana, sin observar su pena. Cuando hubo partido, la niña, que había hecho cuestión de dignidad el no quejarse, exhaló un sollozo.

—¡Oh! ¡Qué feo está eso, señorita!—repetía la criada á modo de consuelo.—¡Demonio! No le robarán á usted su mamá. Es preciso dejarla que vaya á sus cosas... No puede usted estar siempre cosida á sus faldas...

Entre tanto, Elena había vuelto la calle de Vineuse, y andaba á lo largo de las paredes para protegerse contra un chaparrón. Pedro fué quien le abrió, pero pareció turbado.

—¿Está en casa madame Deberle?

—Sí, señora; sólo que no sé...

Y al ver que Elena, como íntima, se dirigía hacia el salón, se permitió detenerla.

—Espere usted, señora, voy á ver...

Y se coló en la estancia, entreabriendo la puerta lo menos posible; y en seguida se oyó la voz de Julieta que se incomodaba:

—¿Cómo, ha dejado usted entrar? Le había prohibido á usted formalmente... Es increíble, no puede una estar tranquila un minuto.

Elena empujó la puerta, resuelta á cumplir lo que creía su deber.

—¡Toma! ¿Es usted?—dijo Julieta al verla.—Había entendido mal...

Pero conservaba su aspecto de contrariedad. Evidentemente, la visita le estorbaba.

—¿La incomoda á usted?—preguntó Elena.

—No, no; va usted á ver. Es una sorpresa que estamos preparando. Ensayamos el *Capricho*, para representarlo en uno de mis miércoles. Precisamente había escogido las mañanas para que nadie pudiera sospechar... ¡Oh! Quédese usted ya. Sea usted discreta y nada más.

Y dando una palmada, y dirigiéndose á madame Berthier, que estaba en pie en medio del salón, añadió, sin acordarse ya más de Elena:

—Vamos, vamos, trabajemos... No le da usted bastante intención á esta frase... «Hacer una bolsa sin que lo sepa el marido, pasaría á los ojos de muchas personas, por algo más que romántico...» Repita usted esto.

Elena, muy asombrada por la ocupación á que la hallaba dedicada, se había sentado detrás. Habían acercado á las paredes las sillas y las mesas, y la alfombra quedaba libre. Madame Berthier, una

delicada rubia, decía su monólogo, levantando los ojos al techo para buscar las palabras; en tanto que la fuerte madame de Guiraud, una hermosa morena que se había encargado del papel de madame de Léry, esperaba en un sillón el momento de entrar en escena. Aquellas señoras, en traje de mañana, no se habían quitado ni el sombrero ni los guantes. Y delante de ellas, teniendo en la mano el tomo de Musset, Julieta, desgrefiada, envuelta en una gran bata de cachemira blanca, adoptaba el talante convencido de un director que indica á los artistas las inflexiones de voz y los juegos de escena. Como la luz era muy escasa, los visillos de bordado tul, levantados y cruzados sobre el pomo de la falleba, dejaban ver el jardín, que se hundía, negro de humedad.

—No está usted lo bastante conmovida,—declaraba Julieta.—Dele usted más intención, pues cada palabra debe llevarla. «Vamos pues, mi querida bolsita, á haceros el último tocado». Vuelva usted á empezar.

—Yo lo haré muy mal,—dijo lánguidamente madame Berthier.—¿Por qué no representa usted en mi lugar? Haría usted una Matilde deliciosa.

—¡Oh! Yo no... En primer lugar, es preciso una rubia. Además, yo soy una profesora muy buena, pero no ejecuto... Trabajemos, trabajemos.

Elena continuaba en su rincón. Madame Berthier, entregada por completo á su papel, no se había vuelto siquiera. Madame de Guiraud le había dirigido una pequeña seña con la cabeza. Y la joven comprendía que estaba de más, y que hubiera hecho

mejor en negarse á tomar asiento. Lo que la retenía no era ya tanto la idea de que tenía un deber que cumplir, como un sentimiento singular, profundo y confuso, que más de una vez había experimentado allí. Sufría por el modo indiferente con que la recibía Julieta. Había, en ésta, continuos caprichos de amistad; adoraba á las personas durante tres meses, se las echaba al cuello, parecía no vivir más que para ellas; después, un día, sin decir por qué, parecía no conocerlas ya. Sin duda obedecía, en esto como en todas las cosas, á una especie de necesidad de querer á las personas á quienes á su alrededor querían. Aquellos bruscos saltos de ternura ofendían mucho á Elena, cuyo espíritu amplio y tranquilo soñaba siempre eternidades. Muchas veces había salido de casa de los Deberle muy triste, llevándose una verdadera desesperación por lo poco que se podía fiar en los afectos humanos. Pero aquel día, en la crisis por que atravesaba, era un dolor mucho más vivo aún.

—Pasaremos la escena de Chavigny,—dijo Julieta.—No vendrá esta mañana... Veamos la entrada de madame de Léry. A usted le toca madame de Guiraud... Conteste usted.

Y leyó:

«—Figúrense ustedes que le enseño esta bolsa...»

Madame de Guiraud se había levantado. Hablando con voz de cabeza, y tomando aire de loca, comenzó:

—¡Toma! Es bastante gentil. Veamos.

Cuando el criado le había abierto, Elena se imaginaba una escena distinta. Creía encontrar á Ju-

lieta nerviosa, palidísima, estremeciéndose á la idea de la cita, vacilante y atraída; y se veía á sí misma conjurándola á reflexionar, hasta que la joven, ahogada por los sollozos, se arrojaba en sus brazos. Entonces, hubieran llorado juntas, y Elena se habría retirado con el pensamiento de que en adelante estaba Enrique perdido para ella, pero feliz por haber asegurado su felicidad. Y ni pensarlo, había caído como una bomba en aquel ensayo, del que no comprendía una palabra; hallaba á Julieta con el rostro sereno, después de haber dormido bien, con seguridad, y con el espíritu lo bastante libre para discutir los ademanes de madame Berthier, sin preocuparse ni por asomo de lo que podría hacer por la tarde. Aquella indiferencia, semejante ligereza, helaban á Elena, que llegaba ardiente de pasión.

Quiso hablar. Preguntó como al azar:

—¿Quién hace de Savigny?

—Malignon—dijo Julieta, volviéndose con aire de asombro.—Ha representado el Chavigny todo el invierno pasado... Lo pesado es que no se le puede coger para los ensayos... Escuchen, señoras; voy á leer el papel de Chavigny. De lo contrario no acabaremos nunca.

Y desde aquel momento, también ella representó, haciendo el papel de hombre, ahuecando involuntariamente la voz y adoptando modales caballerescos, arrastrada por la situación. Madame Berthier garagarizaba, y la gorda madame de Guiraud se violentaba hasta lo infinito para ser viva y espiritual. Pedro entró á echar leña al fuego, y con una mira-

da desde abajo, examinó á aquellas damas, á las que encontraba singulares.

Entretanto, Elena, que continuaba resuelta, á pesar de la angustia de su corazón, trató de llamar á Julieta aparte.

—Un minuto nada más. Tengo que decirle á usted una cosa.

—¡Oh! Imposible, querida amiga... Ya ve usted que estoy embargada. Mañana, si tiene usted tiempo.

Elena se calló. El tono indiferente de la joven la irritaba. Sentía verdadera cólera al verla tan sosegada, cuando ella estaba soportando desde la víspera tan dolorosa agonía. Por un instante, estuvo á punto de levantarse y dejar que las cosas salieran como quisiesen. Era muy tonta al querer salvar á aquella mujer. Toda su pesadilla de la noche pasada volvía á comenzar; su mano, que acababa de buscar la carta en el bolsillo, la apretaba, ardiendo de fiebre. ¿Por qué había de querer á los demás, cuando los demás no la querían ni padecían como ella?

—¡Oh! ¡Muy bien!—exclamó Julieta de repente.

Madame Berthier apoyaba la cabeza en el hombro de madame de Guiraud, sollozando y repitiendo:

«—Estoy segura de que le amo, estoy segura.»

—Tendrá usted un éxito loco,—dijo Julieta.— Haga usted una pausa, ¿sabe?... «Estoy segura de que le amo, estoy segura...» Y deje usted la cabeza así. Es soberbio. Usted ahora, madame Guiraud.

«—No, hija mía, no puede ser; es un capricho, una fantasía...»—declamó la gruesa señora.

—Perfectamente. Pero la escena es larga. Des-

cansemos un momento, ¿verdad?... Es preciso que combinemos bien los movimientos.

Entonces, entre las tres, discutieron el arreglo del salón. La puerta del comedor, á la izquierda, serviría para las entradas y salidas. Se colocaría un sillón á la derecha, un canapé en el fondo, y se acercaría la mesa á la chimenea. Elena, que se había levantado, las seguía, como si se hubiera interesado por aquella colocación. Había renunciado al proyecto de provocar una explicación con su amiga, y quería tan sólo hacer la última tentativa para impedir que Julieta acudiese á la cita.

—Venía,—le dijo,—á preguntar á usted si no es hoy el día que va usted á visitar á madame de Chermette.

—Sí, esta tarde.

—Entonces, si usted me lo permite, vendré por usted, porque hace ya mucho tiempo que he prometido á esa señora ir á verla.

Julieta tuvo un instante de turbación. Pero se repuso al punto.

—Ciertamente, me alegraré mucho. Sólo que tengo una infinidad de diligencias que hacer; primero voy á algunas tiendas, y no sé en verdad á qué hora llegaré á casa de madame de Chermette.

—No importa,—repuso Elena.—Me pasearé.

—Escuche usted... Voy á hablarle á usted con toda franqueza... Pues bueno, no insista usted; me estorbaría... Quedará para el lunes, que viene.

Y esto dicho sin la menor emoción, tan naturalmente, con sonrisa tan tranquila, que Elena, confundida, no añadió nada más. Tuvo que echar una

mano á Julieta, que se empeñaba absolutamente en llevar en seguida el velador junto á la chimenea. Después retrocedió, en tanto que el ensayo continuaba. Después del final de la escena, madame de Guiraud, en su monólogo, lanzó con gran fuerza estas dos frases:

«—Pero ¿qué abismo es, pues, el corazón del hombre? ¡Ah! A fe mía, valemos nosotras mucho más que ellos.»

¿Qué debía hacer Elena ya? En el tumulto que esta pregunta despertaba en ella, no se le ocurrían más que confusas ideas de violencia. Experimentaba la irresistible necesidad de vengarse de la hermosa calma de Julieta, como si tal serenidad fuese una injuria á la fiebre que la agitaba. Soñaba la perdición de su amiga, para ver si seguiría conservando la sangre fría de su indiferencia. Después se despreciaba por haber sentido delicadeza y escrúpulos. Veinte veces hubiera debido decir á Enrique: «¡Te amo, tómame, vamos!» y no estremecerse, y mostrar el rostro blanco y reposado de aquella mujer, que tres horas antes de la primera cita, ensayaba una comedia en su casa. En aquel mismo momento, temblaba Elena más que Julieta; aquello era lo que la enloquecía; la conciencia de su arrebato en medio de la paz risueña de aquel salón, el temor de prorrumpir de repente en palabras apasionadas. ¿Era cobarde pues?

Una puerta se había abierto, y la joven oyó de pronto la voz de Enrique, que decía:

—No se molesten ustedes... No hago más que pasar.

El ensayo iba á terminar. Julieta, que seguía leyendo el papel de Chavigny, acababa de apoderarse de la mano de madame de Guiraud.

«—Ernestina, la adoro á usted»,—exclamó, con arranque lleno de convicción.

«—Pero ¿no ama usted á madame de Blainville?»—recitó madame de Guiraud.

Pero Julieta se negó á continuar en tanto que su marido estuviere allí. Los hombres no tenían necesidad de enterarse. Entonces, el doctor se mostró muy amable hacia aquellas señoras; les dirigió cumplidos, y les prometió un hermoso éxito. Enguantado de negro, correctísimo, con el rostro afeitado, volvía de sus visitas. Al llegar, se había limitado á saludar á Elena con una inclinación de cabeza. El había visto, en la Comedia Francesa, una actriz que representaba el papel de madame de Léry, é indicaba á madame de Guiraud los movimientos de la escena.

—En el momento en que Chavigny va á caer á los pies de usted, se acerca usted á la chimenea, y arroja la bolsa al fuego. Fríamente, ¿comprende usted? Sin cólera, como mujer que está fingiendo amor...

—Bueno, bueno, déjanos,—repetía Julieta.—Ya lo sabemos todo.

Y cuando Enrique empujaba por fin la puerta de su gabinete, volvió á decir:

«—¡Ernestina, la adoro á usted!»

Enrique, antes de salir, había saludado á Elena con la misma inclinación de cabeza. Ella se había quedado muda, aguardando alguna catástrofe. Aquel

brusco, paso del marido le parecía lleno de amenazas. Pero cuando Enrique no estuvo ya allí, le pareció ridículo, con su cortesía y su ceguera. ¡El también pensaba en aquella comedia imbécil! ¡Y no había tenido ni una llama en la mirada al verla allí! Entonces, toda la casa le pareció hostil y glacial. Era un desquiciamiento, y nada la detenía ya, porque detestaba á Enrique tanto como á Julieta. En el fondo del bolsillo había vuelto á coger la carta en la mano crispada. Balbuceó un «hasta la vista», y se fué, llena de un vértigo que hacía girar los muebles á su alrededor, en tanto que resonaban en sus oídos estas palabras pronunciadas por madame de Guiraud:

«—Adiós. Hoy me odiará usted tal vez, pero mañana sentirá usted alguna amistad por mí, y, créame, eso vale más que un capricho.»

En la acera, y cuando Elena hubo cerrado la puerta, sacó la carta con ademán violento y como mecánico, y la deslizó en el buzón. Después, estuvo algunos segundos, atontada, contemplando la estrecha hoja de cobre que había vuelto á caer.

—Hecho está,—dijo á media voz.

Volvía á ver las dos habitaciones tapizadas de cretona rosa, los divanes, la gran cama; allí se hallaban Malignon y Julieta; de pronto se abría la pared y el marido entraba. Y Elena no sabía ya más, y estaba muy tranquila. Con mirada instintiva, miró si alguna persona la había visto al echar la carta. La calle estaba vacía. Dió la vuelta á la esquina, y subió de nuevo.

—¿Has sido buena, mi vida?—dijo besando á Juana.

La pequeña, sentada sobre el mismo sillón, levantó el amohinado rostro. Sin responder, echó los dos bracitos al cuello de su madre, y la besó, exhalando un gran suspiro. Tenía mucha pena.

Durante el almuerzo, Rosalía se quedó asombrada.

—La señora debe de haber andado mucho.

—¿Por qué?—preguntó Elena.

—Porque la señora come con un apetito... Hace mucho tiempo que no ha comido tan bien señora...

Era verdad. Elena sentía verdadera hambre, y un brusco consuelo le abría el estómago. Hallábase con una paz, con un bienestar indecibles. Después de las sacudidas de los dos últimos días, acababa de realizarse en ella un gran silencio. Sus miembros estaban descansados, flexibilizados como al salir de un baño. No experimentaba más que cierta sensación de pesadez no sabía dónde, un peso vago que la agobiaba.

Cuando entró en la alcoba, sus miradas se dirigieron en derecha al reloj, cuyas manecillas marcaban las doce menos veinte minutos. La cita de Julieta era para las tres. Aun quedaban dos horas y media. Hizo Elena este cálculo maquinalmente. Por otra parte, no tenía ninguna prisa; las manecillas andaban, y nadie en el mundo tenía ya poder para detenerlas; y dejaba que los hechos se consumaran.

Desde hacía mucho tiempo yacía sobre el velador un sombrero de niño. Tomólo Elena y se puso á coser delante de la ventana. Un gran silencio adormecía la habitación. Juana se había sentado en su

sitio de costumbre, pero estaba con las manos cansadas y caídas.

—Mamá,—dijo.—No puedo trabajar; no me divierte el trabajo.

—Pues bueno, ángel mío; no hagas nada... Mira, me enhebrarás las agujas.

Entonces la niña, sin decir palabra, empezó á trabajar con lentos ademanes. Cortaba cuidadosamente hebras de hilo iguales, y pasaba infinidad de tiempo para hallar el ojo de la aguja; y no llegaba sino en el momento preciso en que su madre tenía que emplear, una por una, las agujas que ella le preparaba.

—Ya ves tú,—murmuró Elena.—Así voy más de prisa... Esta noche, habré terminado los seis sombreritos.

Y volvió la cara para mirar el péndulo. La una y diez minutos. Aun quedaban cerca de dos horas. Ahora debía de empezar Julieta á vestirse. Enri- que habría recibido ya la carta. ¡Oh! Seguramente iría. Las indicaciones eran exactas y claras, y encontraría la casa en seguida. Pero todas estas cosas le parecían aún lejanas y la dejaban fría. Cosía á puntadas regulares, con aplicación de obrera. Los minutos transcurrían uno por uno. Dieron las dos.

Un campanillazo la llenó de asombro.

—¿Quién será, mamita?—preguntó Juana, que se había estremecido en la silla.

Y como entrase M. Rambaud:

—¡Eres tú! ¿Por qué llamas tan fuerte?... Me has asustado.

El digno señor pareció afligidísimo. Efectivamente, había tenido la mano algo pesada.

—Hoy no estoy de buenas; me siento mal,— continuó la niña.—No hay que asustarme.

M. Rambaud se mostró inquieto. ¿Qué tenía la pobrecilla niña? Y no se sentó tranquilizado, hasta que vió á Elena dirigirle una mirada para advertirle que Juana estaba con la negra, como decía Rosalía. De ordinario, el buen señor solía ir muy poco durante el día. De modo que quiso explicar en seguida su visita. Se trataba de un compatriota, de un viejo obrero que no hallaba trabajo por causa de su mucha edad, y que tenía á su mujer paralítica, en una habitacioncita no más grande que la mano. Era imposible imaginar semejante miseria. Aquella misma mañana había ido él á su casa, para darse cuenta de lo que era. Un zaquizamí debajo del tejado, con una ventanilla pequeñísima, cuyos rotos vidrios dejaban penetrar la lluvia; dentro de la guardilla, un jergón, una mujer envuelta en una cortina vieja, y un hombre entontecido, tirado al suelo, sin tener ya ni siquiera ánimos para dar una escobada.

—¡Oh! ¡Desgraciados, desgraciados!—repetía Elena, conmovida hasta el llanto.

No era el anciano obrero el que preocupaba á M. Rambaud. Le tomaría en su casa, y ya hallaría en qué ocuparle. Pero la mujer, aquella paralítica á quien su marido no osaba dejar sola un instante, y á la que hacía dar vuelta como un fardo... ¿Dónde meterla, qué hacer con ella?

—He pensado en usted,—continuó.—Es preciso que la haga usted entrar al punto en un hospicio...

Yo habría ido directamente á casa de monsieur Deberle, pero he pensado que usted le conoce más, y que tendrá más influencia con él... Si él quiere hacerlo, el asunto estará arreglado mañana mismo.

Juana había escuchado, palidísima, temblorosa por un estremecimiento de compasión. Juntando las manos murmuró:

—Oh, mamá, sé buena; haz entrar á la pobre mujer...

—Con el mayor deseo,—dijo Elena, cuya emoción aumentaba.—En cuanto pueda, hablaré al doctor, y él mismo se encargará de dar los pasos... Deme usted los nombres y las señas, monsieur Rambaud.

Este escribió una nota sobre el velador. Después, levantándose:

—Son las dos y media y cinco minutos,—dijo,

—Quizá podría usted encontrar al doctor en su casa.

Elena se había levantado también, y miraba el reloj, con todo el cuerpo sobresaltado. Eran de verdad las dos y media y cinco, y las manecillas andaban. Balbuceó la joven y dijo que el doctor debía de haber salido á sus visitas. Sus miradas no se separaban del péndulo. Entre tanto, M. Rambaud, con el sombrero en la mano, la tenía en pie, y volvía á comenzar su relato. Aquella pobre gente lo había vendido todo, hasta el brasero; desde el principio del invierno, pasaban los días y las noches sin fuego. A fines de diciembre, habían estado cuatro días sin comer. Elena lanzó una exclamación de dolor. Las manecillas señalaban las tres menos veinte. M. Rambaud tardó aún dos minutos larguísimos en marcharse.

—Bueno, confío en usted,—dijo.

E, inclinándose para besar á Juana:

—Hasta la vista, preciosa mía.

—Hasta la vista... Vete tranquilo; mamá no se olvidará; yo se lo recordaré.

Cuando volvió Elena de la antesala, hasta la cual había acompañado á M. Rambaud, los minutos estaba en los tres cuartos. Dentro de un cuarto de hora, todo habría concluído. Inmóvil ante la chimenea, tuvo Elena la brusca visión de la escena que iba á ocurrir. Julieta estaba ya allí, é iba Enrique y la sorprendía. Ella conocía la habitación, y recordaba sus menores detalles con claridad espantosa. Entonces, conmovida aún por la lastimera narración de M. Rambaud, sintió un gran escalofrío que le subía al rostro desde el cuerpo. Y un grito estallaba en ella. Era una infamia lo que había hecho; aquella carta escrita, aquella denuncia cobarde. Esta idea se le aparecía también de repente con resplandor cegante. ¿Era verdad que había cometido ella semejante infamia? Y recordaba el ademán con que había echado la carta al buzón, con el estupor de una persona que hubiera visto á otra hacer una acción mala, sin haber tenido la idea de intervenir. Parecíale salir de un sueño. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba ella allí, siguiendo aún el movimiento de las manecillas en la esfera? Dos nuevos minutos habían transcurrido.

—Mamá,—dijo Juana.—Si quieres, iremos las dos juntas esta tarde á ver el doctor. Así me pasearé. Hoy me ahogo.

Elena no oía. Trece minutos aun. Y sin embar-

go, no podía dejar que se consumara una abominación semejante. En aquel tumultuoso despertar, no quedaba en ella más que una voluntad furiosa de impedir aquello. Era preciso. De lo contrario, no podría vivir. Y como una loca corrió por la alcoba.

—¡Ah! ¿Me llevas?—exclamó Juana alegremente.—¿Vamos á ver al doctor en seguida, verdad, mamita?

—No, no,—respondía Elena buscando sus botinas, y agachándose para mirar debajo de la cama.

No las encontró; hizo un gesto de despreocupación suprema, pensando que bien podría salir con los zapatitos de casa que llevaba puestos. En seguida, revolvió todo el armario de luna para buscar el chal. Juana se había acercado muy zalamera.

—Entonces, ¿no vas á casa del doctor, mamita?

—No.

—Bueno, no importa; llévame... ¡Oh! ¡Llévame, me darás mucho gusto!

Pero Elena había encontrado ya el chal, y se lo echaba sobre los hombros. ¡Dios santo! Nada más que doce minutos, el tiempo preciso para llegar corriendo. Iría allí, y haría cualquier cosa, fuera lo que fuese. Por el camino lo pensaría.

—Mamita, llévame,—repetía Juana con voz cada vez más baja y conmovedora.

—No puedo llevarte,—dijo Elena.—Voy á una parte donde no van los niños... Deme usted mi sombrero.

El rostro de Juana se había cubierto de sombras. Sus ojos se ennegrecieron, y la voz se le puso dura. Preguntó:

—¿Dónde vas?

La madre no respondió, porque estaba distraída atándose las bridas del sombrero. La niña continuaba:

—Ahora sales siempre sin mí... Ayer saliste, hoy has salido, y ahora te vuelves á marchar. Yo tengo mucha pena, tengo miedo aquí sola... ¡Oh! Me moriré si me dejas... ¿Oyes? Me moriré, mamá...

Después, sollozando, acometida por un acceso de dolor y de rabia, se aferró á las faldas de Elena.

—Vamos, suéltame, sé razonable; vuelvo en seguida,—repetía ésta.

—No, no quiero... no, no quiero...—tartamudeaba la niña.—¡Oh! Ya no me quieres... Si no, me llevarías... ¡Oh! Ya sé que quieres más á otros... Llévame... Llévame, ó me voy á echar al suelo, y me encontrarás en el suelo...

Y enlazaba los bracitos alrededor de las piernas de su madre, y lloraba entre los pliegues de su vestido, agarrándose á ella, haciéndose la pesada para impedirle que anduviese. Las manecillas andaban, y eran las tres menos diez minutos; entonces pensó Elena que ya no podría llegar á tiempo; y con la cabeza loca, rechazó con violencia á Juana, gritando:

—¡Qué insoportable niña! ¡Es una verdadera tiranía!... ¡Si lloras vas á ver!

Salió, cerrando bruscamente la puerta tras sí. Juana había retrocedido tambaleándose hasta la ventana, con las lágrimas cortadas por aquella brutalidad, envarada y completamente blanca. Tendió los brazos hacia la puerta, gritó por dos veces aun: «¡Mamá! ¡Mamá!» Y se quedó allí, derribada so-

bre la silla, con los ojos agrandados y trastornado el rostro por la celosa idea de que su madre la engañaba.

Ya en la calle, Elena apresuró el paso. La lluvia había cesado; sólo algunas gotas gruesas caían de los canalones, mojándole pesadamente los hombros. Elena se había prometido reflexionar entonces, decidir un plan. Pero ya no sentía más necesidad que la de llegar. Cuando se metió por el Pasaje de las Aguas, vaciló un momento. La escalera estaba convertida en torrente; los riachuelos de la calle Raynouard se desbordaban y caían por ella. Había, á lo largo de los escalones, entre las próximas paredes, salpicaduras de espuma, al paso que relucían algunos puntos del empedrado, lavados por el cubasco. Un rayo de luz opaca, cayendo del cielo gris, alumbraba el pasaje por entre las ramas negras de los árboles. Elena se levantó apenas el vestido y bajó. El agua le subía hasta los tobillos, y sus zapatitos por poco se quedan en los charcos; y oía á su alrededor, á lo largo de la pendiente, un cuchicheo claro, parecido al murmurio de los arroyuelos que corren bajo la hierba, en el fondo de los bosques.

De pronto, se halló en la escalera delante de la puerta, y se detuvo allí, jadeante, torturada. Después se acordó, y prefirió llamar á la cocina.

—¡Cómo! ¿Es usted?—dijo la tía Tétu.

No tenía entonces su voz lacrimosa. Sus ojos pequeños relucían, en tanto que una risita de vieja comadre chispeaba entre las mil arrugas de su rostro. Ya no fingía, y dió unos golpecitos en las

manos á Elena al oír sus palabras entrecortadas. La joven le dió veinte francos.

—¡Dios se lo pague á usted!—balbuceó la tía Tétu por costumbre.—Todo lo que usted quiera, niña mía.